

# C O M E N T A R I O S

## JOAQUIN COSTA Y EL PAIS ILERGETE

**H**ALLANDOME una noche de julio bajo los rayos de un plenilunio, frente al bronce que en Graus representa a Joaquín Costa, acudieron a mi mente evocadores recuerdos relacionados con la figura gigante del león grausino.

Ante mí aparecía, asentado sobre un trono de piedra que nos recordaba épocas pretéritas la broncea figura, con largas barbas y con vestiduras de corte clásico, que nos sugerían en nuestra calenturienta imaginación la imagen de un druida, investido de la magistratura romana que desde aquel lugar dictaba sus leyes eternas a los pueblos ilergetes y pirenaicos. Me recordaba la larga visión de la estatua la figura de un celta, tal era su aspecto físico, un druida, que dictaba leyes a un pueblo romanizado, como guía y patrón, con las ropas típicas y simbólicas de la magistratura romana.

El artífice que nos ha dejado representado en la conjunción de las aguas pirenaicas del Esera de Benasque y del Isábena de Roda, al Costa que en figura vivirá para los siglos venideros bajo la apariencia de magistrado o legislador de los pueblos hispánicos primitivos que, desplazado a otra época, enseña los principios y fundamentos de un pueblo milenario que no se conocía a sí mismo y que él, dentro de su éxtasis salvaje, intentó hacerle mirar hacia su remoto origen.

Analizando la obra de Costa, tenemos la impresión de que en muchos momentos su autor vivía desplazado veinte siglos hacia atrás. Creemos que él hubiera querido vivir aquella época, hubiera querido hablar la lengua vernácula, habría querido adorar aquellas divinidades y su ferviente deseo le extraviaba de la realidad del momento, de forma que a instantes creía que vivía quince o veinte siglos atrás o que era un longevo humano nacido y desarrollado en dichos tiempos, que había despertado de un largo letargo a últimos del siglo xix de la cristiandad.

No obstante el complejo de antigüedad que le dominaba, en muchas fases de su vida, apreciamos en otras de las obras de su dinámica y polifacética vida, un realismo formidable y una acertada visión de las









forma considerabilísima el conocimiento de nuestras tierras dos milenios atrás. Su imaginación nos describió cosas y hechos que supone en nuestros campos quince siglos o dos milenios antes; y poco a poco, más o menos exactamente, a medida que vamos avanzando en conocimientos, nos asombramos de que coincida la realidad con el supuesto de Joaquín Costa. Era, en cierta forma, un seguro adivino de la antigüedad. Parecía que a través de las generaciones había conservado la reminiscencia de lo que vieron y sabían sus antecesores gentiles. Una débil memoria que ha fluido durante dos milenios a través de la sangre de su linaje.

RODRIGO PITA MERCÉ